

La impaciencia por recorrer los campamentos y estar á la vista del ejército confiado á su cuidado, lo devoraba más que la fiebre.

Por la noche volvió á la manía de querer ponerse las botas de montar y partir al campo de batalla. Se figuró también que estaba acostado en su catre de campaña, y pedía otro lecho más cómodo y que no estuviese tan expuesto al viento y á la lluvia, pues que ambas cosas lo estaban molestando mucho.

Ese día estuvo dando órdenes terminantes al general Negrete para que forzase la línea izquierda; á Berriozábal que con cuatro columnas avanzase por el centro; y después de un momento de contemplación sombría, empezaba á sonreír y murmuraba: "Ya corren los zuavos; no son intrépidos en América como en Europa."

Si entonces hubiese muerto, habría partido de este mundo en la firme inteligencia de que era vencedor del mariscal Forey, pues mandaba órdenes á Carbajal, que creía situado en Amozoc previniendo que atrapase cuanto francés iba disperso por la falda de la Malinche.

Ya todos los médicos que le asistían desesperaban de su salvación.

El día 7 deliró continuamente; apenas conoció á la señora su mamá y á la señorita su hermana, que violentamente vinieron de México á fin de asistirlo con más eficacia.

Este día estuvo muy desasosegado y regañando porque no le llevaban un caballo ensillado: quiso levantarse, y un ayudante le rogó que se sosegara, porque habían dado orden de que no se moviese.

—¿Cómo, dijo él, estoy prisionero?

—Sí, señor, le replicó el ayudante, por ver si lograba sosegarlo por ese medio.

Se quedó muy pensativo.

A pocos momentos pasó por la calle una guardia, y el corneta batía marcha.

Ya vienen á buscarme, dijo, y me van á fusilar: está bien; pero cuidado con el que se atreva á tocar á ninguno de mis ayudantes, á ellos no! agregó con un gesto y un acento terrible.

Pasó el resto del día ya muy desasosegado ó muy rendido, y siempre delirando y creyéndose prisionero, y renegando de los franceses porque no sabían ensillarle su caballo.

Estábamos todos con gran cuidado por su gravedad; pero con la grata esperanza de que muy pronto llegaría de esa el tan apreciable como entendido Dr. Navarro, y que la ciencia triunfaría del mal.

Llegó el Sr. Navarro, pero ya era tarde: aún no había muerto; más el Doctor recién llegado nos anunció: que cuando mucho, al siguiente día la fiebre acabaría la vida que habían respetado las balas y la metralla en los puestos más peligrosos de cien combates.

Así fué.

Hoy por la mañana, se agravó de una manera muy alarmante: todavía deliró, creyéndose prisionero.

A la noticia de su gravedad, muchos Jefes y Oficiales del Ejército de Oriente, de paso en esta ciudad los unos y encantonados en ella los otros, corrimos á rodear el lecho de muerte de nuestro adorado General.

Dirigiéndose á todos, preguntó: ¿Pues qué tienen también prisionero á mi Estado Mayor?..... ¡Pobres muchachos!..... ¡Ingratos!..... ¿Por qué no los dejan libres?

Esas fueron sus últimas palabras.

Después de una hora de fatiga lenta y al parecer no muy penosa, entregó su alma al Creador.....

Los Jefes y Oficiales regaban con abundantes lágrimas aquellos restos inanimados, presentando un cuadro de amargura y sentimiento, como quizá no se haya visto jamás otro, en la mansión mortuoria de General alguno.....

Todos perdimos en él una preciosa garantía de seguros triunfos, un cariñoso padre y un amigo verdadero y leal.

Pero donde pasaban escenas de ternura que revelaban cuanto cariño profesaban los soldados del Ejército de Oriente á su General en Jefe, fué en los cuarteles.....

En esos focos de la abnegación y la lealtad tuvieron lugar, tan pronto como penetró á ellos la infausta noticia, escenas capaces de conmover los corazones más duros é indiferentes.

Gruesas lágrimas surcaron las tostadas mejillas de los soldados: en los cuarteles del 10 de San Luis y del de Aguascalientes, se elevaban plegarias al cielo, suspiros y sollozos por el difunto General.

Los Zapadores, que lo idolatraban, vendieron su ración de pan para comprar y prenderse de la manga una señal de luto.

¿Qué efecto causará á los demás cuerpos del Ejército de Oriente tan infausta noticia?

¡Pobres soldados!

"A LA TEMPRANA MUERTE DEL INVICTO GENERAL, IGNACIO ZARAGOZA, ACAECIDA EN PUEBLA DE LOS ANGELES EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1862.

Llore la Nación de Hidalgo, llore el estado de Chiapas, y lloremos los demócratas la pérdida irreparable que ha sufrido nuestra consumida México.

El profundo dolor que nos agobia es por la desgracia, por la muerte del héroe del 5 de Mayo, del amigo fiel de la Libertad.

¡Ah! la Patria ha perdido un hijo eminente, un servidor constante; al vencedor de Puebla, al valeroso joven, independiente Ignacio Zaragoza; al ceñir su frente patriota el laurel de un triunfo inmortal sobre los injustos invasores de la Francia, victoria, que ha hecho eco en Europa y el mundo civilizado, le ha dado un renombre memorable.

Las balas en más de diez combates respetaron su vida interesante; pero la parca inexorable cortó despiadada el hilo sagrado de ella.



Dios le ha llamado al empíreo para premiar sus virtudes, ya que no pueden recompensarse bien en la tierra.

Murió, dejando á la gran República Constitucional de Mexico, ceñida con una corona de laureles inmortales.

¡Gloria al vencedor! Dejó el pueblo, y los ángeles le ponen en aquella frente que pertenece al olimpo, otra corona inmarcesible por su valor, servicios y patriotismo; porque Dios premia á los libres y condena á los tiranos.

En el mes de la Independencia del Anáhuac, el signo de Septiembre se desprendió del Zodiaco para llevar á la corte de los justos al querido de México, al escogido de Dios.

Debe estar acompañado en la inmortalidad de los Ocampo, Degollado y Valle y abrazando estrechamente á los primeros independientes y libertadores Hidalgo, Bolívar, Morelos y Guerrero.

El águila del Anáhuac ha recogido con tristeza sus soberanas alas sobre el hijo de la victoria, haciendo ondear hasta la ocupada Orizaba, los fúnebres crespones de su pabellón.

Plegue también la suyas el águila de los franceses que existen allí para combatir nuestra libertad y gobierno. El águila victoriosa de la gran Francia no puede atacar voluntariamente á los demócratas de México; está violentada y obedece á un tirano. Debe entristecerla la muerte de un hijo de Marte, amante de su patria y sus instituciones constitucionales.

¡Águila francesa que habéis combatido por la regeneración del pueblo! ya no combatiréis más al General de los libres é independientes que respetásteis el 5 de Mayo en Puebla.

A las fuerzas de Chiapas en el Ejército de Oriente, cupo la satisfacción, aunque dolorosa, de dar la guardia de honor al ilustre cadáver el 8 y 9, marchando á sepultarlo el 10 á la ciudad de México.

Al bello sexo de la gran capital suplicamos una flor para la loza que cubra la tumba inmortal del héroe mexicano.

La Nación del Anáhuac no olvidará la pérdida de su hijo predilecto: el Continente americano sabrá sentirlo, y la Europa que lo comenzaba á admirar, le hará justicia en el sepulcro, contra los enemigos de su patria.

Un solo sentimiento cubre el Oriente americano. Nuestra pérdida es incalculable; está depositada en el cielo y Dios la tiene libre de pasiones ingratas.

La mano del hombre no le alcanza en el Olimpo.

Sí, descanza y goza en la bienaventuranza del Omnipotente, héroe inmortal. Ve la desde allí por la libertad de tu Patria, la defensa del Gobierno constitucional y la conservación y progreso de las instituciones que se ha dado la Nación.

Implora al Sér Supremo por el pronto triunfo de la justicia mexicana sobre los injustos agresores que nos ha mandado el libertada de la Francia.

San Cristóbal las Casas, Septiembre 17 de 1862.—*M. Arellano.*”

## Funerales del Gral. Zaragoza.

“¿Qué palabra, qué acento, qué lenguaje, pudieran expresar el dolor con que todos los corazones se han comprimido, se han enlazado para llorar con el más tierno sentimiento la fatalidad terrible que arrebató á la patria su caudillo, su esperanza y su fé?”

¿Qué estatua, por más gigantesca, qué monumento por más colosal, qué inscripción por más sublime, fueran bastantes para consagrar tanta gloria?

Hay dolores que no pueden tener expresión, que se exhalan del alma como un suspiro supremo, que se arrancan del corazón con un ¡ay! apenas articulado, como un gemido en que se esprime entero, profundo, ensangrentado y sin fuerza el sentimiento.

Hay glorias que deslumbran, que arrebatan, que ciegan; glorias que el mundo todo reconoce admirado y conmovido; glorias que no se pueden describir, porque la admiración y el orgullo, el entusiasmo y la grandeza hacen insuficiente la palabra.

¡Zaragoza! Nosotros hemos visto encenderse el fuego de tu eterna pira, con el corazón quebrantado por el pesar, con el alma anegada de lágrimas derramadas por el hermano, por el caudillo, por el libertador, por el héroe.

¡Tan pronto doblegarse agostada por un aliento de muerte la flor de la esperanza tan hermosa! ¡Tan pronto apagarse esa estrella de tanta gloria! ¡Tú has sido arrebatado de la tierra para reunirte á esa corona de mártires que brilla sobre el pueblo mexicano, rayo de luz más brillante á través de las sombras del sepulcro, tu nombre es nuestro orgullo, nuestra fé, nuestra vida!

¡Zaragoza! tu gloria, la gloria de tus hijos, de tus hermanos, la gloria de tu patria es la gloria de la humanidad entera, alta y excelsa fama ante la que los siglos venideros doblarán la cabeza con respeto, y las generaciones nuevas se sentirán conmovidas alzando himnos de triunfo y altares consagrados.

Tu nombre es el solo epitafio digno de escribirse sobre esa tumba, ara de la patria, urna del llanto, fanal de perpetuos resplandores, relicario de amor infinito, tesoro de virtud, fuente de vida.

Tu nombre, sí, tu nombre tan amado, tan hermoso, tan puro; tu nombre, recuerdo inextinguible de victorias, canto que nuestros hijos aprenderán con entusiasmo, palabra eternamente bendecida, tu nombre que no puede pronunciarse sin ternura, que no puede escucharse sin orgullo.

Toda pompa, todo honor, todo brillo es pequeño, delante de tu sombra venerada; solo el amor del mundo desbordado y ardiente, fuera digno homenaje á tanta gloria.

Ninguna lágrima, por más tierna, será bastante para llenar esa copa de lágrimas; ningún acento, por más arrebatado, pudiera cantar tu fama. ¿Qué hay grande para tí, si eres tan grande?